LOS OJOS DEL AHOGADO

por José León Cano

Había una vez un hombre que tenía miedo de los ríos. De todos ellos. Porque soñaba muy a menudo que alguno, cierto día, escaparía de su cauce y, se encontrase el hombre donde se encontrase, le abrazaría con sus delgados, con sus innumerables hilos de agua y, una vez ahogado, lo arrastraría volviendo de nuevo a su cauce hasta que el cuerpo sin vida de aquel hombre flotara en el mar por los siglos de los siglos. Esta visión, repetida noche tras noche durante años, le vedaba todo goce y su vida era muy triste. Porque si bebía un vaso de agua, en seguida se imaginaba que ese agua iba creciendo y creciendo, cada vez más, dentro y fuera de su cuerpo, hasta transformarse en ese río terrible que le conduciría al inmenso sepulcro marino. Y si, acuciado por el amor, decidía besar los labios de una mujer, apenas se atrevía a introducir la lengua en su pozo sagrado. Porque sospechaba que, al entrar su lengua en contacto con la saliva, ésta haría aumentar sus gustosos jugos, cuyo sabor era peligrosamente parecido al agua del mar. A menudo pasaba una sed horrible. ¡Y qué tragedia abrir el grifo del cuarto de baño!

El hombre, sin embargo, soportaba sus privaciones pacientemente resistiéndose, como todos los locos, a volverse loco. Pero su alma se fue haciendo reseca, cada vez más reseca, y ya apenas si florecía en ella otro sentimiento que el de la angustia. Su mujer, ello, decidió que lo mejor era visitar a un médico, los dos cogidos de la mano, para que averiguara por qué tenía miedo del agua y cuál era la mejor forma de curarlo para siempre.

El médico al que fueron era un hombre que sabía muchísimo. Se había pasado la mayor parte de su vida atado de codos a una mesa para estudiar los Grandes Libros (en vez de irse de noche a perseguir a las muchachas), y había llegado a la conclusión de que el mudo estaba fuera de su sitio. Pero, en presencia de los demás y especialmente de sus clientes, procuraba disimularlo con una sonrisa de Profidén y un cordial frotamiento de manos que en su caso constituía, sin él saberlo, un vicio terrible. Así fue cómo el hombre que tenía miedo a los ríos lo interpretó (porque los locos saben mucha psicología) nada más verlo con su bata blanca y sus gafas de concha amarilla, redondas, que le daban cierto aspecto vagamente simiesco:

—Debería dejarse reconocer por un médico, doctor —dijo el hombre

atemorizado por los ríos—. Usted se acaricia mucho sus manos porque desconfía de acariciar las manos de los otros.

Su mujer no dijo nada, pero por dentro se sonrió al comprobar lo inteligente que era el hombre atemorizado. El médico tampoco dijo nada, pero se sonrió por fuera todavía más y sus dientes impolutos brillaban como los colmillos de una fiera enfurecida. Naturalmente, dejó de frotarse las manos y como ya no sabía qué hacer con ellas las ocultó en los bolsillos del pantalón con un poco de vergüenza mientras sus mejillas enrojecían de rabia.

Como casi todo el mundo ignora, hay dos clases de médicos. Los que ejercen su oficio por amor a la humanidad y quienes lo hacen porque se sienten felices de meter el estetoscopio en las desgracias ajenas. El médico de esta historia pertenecía al grupo mayoritario, y decidió curar vengativamente al hombre que sentía miedo de todos los ríos. Le dijo a la mujer que esperase fuera o, mejor aún, que se marchara a dar un paseo y regresara al cabo de dos horas. Y cuando la mujer se marchó ordenó a su paciente que se quitara los zapatos y se tumbara en el diván.

Así lo hizo el hombre atemorizado y, al principio, no sentía temor alguno. Pero luego, cuando el médico le pidió que hablara de su infancia, que recordara el primer recuerdo que había en su vida del agua, el hombre de repente se acordó de los ojos de un hombre ahogado que estaban sacando de un río cuando tenía nueva años y paseaba tranquilamente por su orilla. Entonces al hombre se le adelgazó la voz, y recuperó la que tenía cuando era niño, y gritó como aquella mala tarde en que sus ojos se tropezaron con los ojos abiertos, abultados, lechosos, malignos, retadores y muertos del ahogado. Gritó, gritó, gritó y se puso a llorar como el niño espantado que estaba volviendo a ser cuando descubrió que el destino del hombre es morir, y que los ojos de los ahogados se parecen a los ojos de los peces muertos, que miran sin ver a las moscas que se acercan a chuparlos, y que hay una pena muy honda, muy blanca, hecha del amargo cristal de todas las aguas, y esa pena es capaz de mirar al mundo devorador sin oponer resistencia alguna, y nada hay más terrible en este mundo que mirara esa pena dulce y maligna en los ojos de un hombre muerto recién sacado de los légamos de un río.

Así que el médico, con triquiñuelas, trampas y preguntas de doble sentido, había conseguide que el hombre atemorizado se acordara de aquella escena de la infancia, tan horrible que había permanecido olvidada durante toda su vida, y de la cual surgía su pavoroso terror a las aguas. «Esa es la causa —dijo el médico—, esa es la causa y qué bien que la hayamos encontrado tan pronto. La imagen de ese muerto ha dormido en su consciente, y usted nunca se hubiera atrevido por sí mismo a recordarla. ¡Esta es la gran ayuda de la ciencia médica! Ahora ya sabe el por qué de su angustia. Y pudiera decirse que está prácticamente curado».

—¿Quiere usted decir —preguntó el hombre— que ya no debo sentir miedo de los ríos?

—No, señor mío. En modo alguno. Si usted siguiera teniendo miedo podría en entredicho nada menos que a Sigmund Freud.

El hombre atemorizado no se atrevió a poner en entredicho a ese señor famoso. Pero la verdad es que ahora que sabía por qué le atemorizaban

los ríos, por qué sospechaba que un día cierto río vendría por a por él, estuviera donde estuviera; ahora que era consciente de que el terror fluía de los ojos de un muerto lejano, ahora entendió que nadie era capaz de conjurar el hechizo malévolo de esos ojos, y que estaba tan condenado por las aguas como aquel ahogado de su infancia del que jamás después quiso acordarse. Maldijo, entonces, a ese hombre de la bata blanca, ese mal hechicero frívolo y libresco que se frotaba incesantemente las manos porque consideraba que no había mujer en el mundo con la suficiente categoría como para acostarse con él, y que se vengaba de sus pacientes descubriéndoles secretos que nunca debían ser desvelados.

—¿Me puedo poner ya los zapatos?

Volvía el hombre atemorizado a su casa cogido al brazo de su mujer. Ella había visto en el rostro del hombre tanta tristeza, tanto horro, tan abatida lucidez, que no quiso preguntarle nada, y pensó que a veces el remedio puede llegar a ser mucho peor que la enfermedad. Y el hombre atemorizado miraba al cielo con hondo pesar. Porque era una tarde de primavera y nubecillas blancas se deslizaban vertiginosamente, como si el cielo fuera una pista de patinaje, y jugueteaban con el sol como si el sol fuese un hermano mayor, benévolo y luminoso, que consintiera de buen humor esos pequeños oscurecimientos. Pero las nubes no tardaron en mostrar su verdadera naturaleza: crecieron tanto que ahogaron al sol y se fueron haciendo cada vez más grises. Y ya no se deslizaban por el aire como patinadoras o mariposas, sino arrastrando sus oscuras panzas, engrosando y estirando sus brazos monstruosos hasta que devoraron los últimos retazos de azul y se posaron manchando con su barro traslúcido los alegre colores de la vida.

—Parece que va a llover...

—No lo creo, querido. Son nubes que pasarán. Nubes que arrastra el viento.

—Si lloviera...

—Pero no lloverá, no lloverá todavía.

—Las calles, a veces, cuando llueve mucho, se parecen a los ríos.

—Vámonos a casa. Cojamos un taxi. No lloverá todavía.

La mujer levantó su mano derecha para llamar a un taxi. Y en ese momento la inmensa orquesta del cielo negro, obedeciendo la orden de una invisible batuta, se partió en dos con un rayo terrible y luego hubo un trueno que retumbó en todos los cristales de la ciudad.

—¡Va a llover! ¡Va a llover en seguida!

—¡No, no! ¡Todavía no! El taxi ya está aquí.

Pero empezó a llover y algunas gotas salpicaron el rostro aterrorizado del hombre, que las miraba como si fueran de sangre, y al cielo como a un oscuro animal herido de muerte por el rayo. Se sacudió las mejillas con el dorso de la mano para apartar de sí esas gotas, y la mujer vio en ese gesto que el hombre sentía entonces más terror al agua que nunca. Luego, aquel hombre empequeñecido por el miedo se cubrió el rostro con las manos y empezó a temblar; porque a través de las diminutas fulguraciones de las gotas de agua, sobre el plomo bruñido de las nubes, había visto el rostro reblandecido del ahogado, sus deformadas mejillas de cera que parecían una máscara de la muerte, su cabeza como de trapo con la nuca caída en el hombro y esos ojos de plástico podrido,

resquebrajada la córnea por multitud de venillas rosáceas, clavados en los suyos para siempre.

Cuando se metieron en el taxi empezaba a caer agua de verdad y el hombre, con los ojos cerrados, temblaba más que antes. Presentía que iba a morir, pero no se lo dijo a su mujer para no alarmar al taxista, quien maldecía a causa de la lentitud del tráfico mientras zumbaban los moscardones del limpiaparabrisas y el «tic-tic» del taxímetro subrayaba los latidos de su angustia en el mundo de sombras que voluntariamente había creado, cerrando los ojos, para no ver los fríos dedos de la lluvia estampando su insidiosa firma en los cristales de las ventanillas, aunque escuchaba su repiqueteo de cuervos voraces en el techo del automóvil y sentía en los pulmones el aire húmedo y frío que esa lluvia provocaba.

Hubiera dejado de respirar para no seguir sintiendo ese repulsivo contacto húmedo del aire en sus pulmones, ese río pulverizado en multitud de gotas microscópicas que se adentraba en su sangre anunciándole la muerte. Y así como cerró los ojos, cerró también la boca y los conductos de la nariz y trató de cerrar el curso de sus horrendas premoniciones sin conseguirlo. Porque su sangre, esa sangre que abominaba del contacto del agua, que no quería disolverse con ella en el mar de las sombras eternas, anhelaba el contacto del aire, el rimo renovador de las respiraciones que hacía posible la continuación de su pequeña vida anónima y carente de significado, pero donde el corazón bombeaba gozoso y la piel podía dar y recibir las caricias de otra piel cálida, y contemplar sus ojos los negros ojos vivos de la mujer que amaba, esa mujer que a su lado trataba inútilmente de calmarle acariciándole la mano temblorosa, posando con suavidad sus labios en unas mejillas que el pavor había hecho de mármol, diciéndole al oído suaves palabras de ternura difícil, pues también el instinto de ella estaba dominado entonces por el miedo, y la lluvia se espesaba cada vez más siendo el cielo cada vez más oscuro, y la única salvación posible era permanecer en el interior del coche donde el taxista gruñía de mal humor, ajeno a la tragedia del agua repiqueteando en el techo con creciente furia, golpeando como el acreedor terrible cuando se ha cumplido el plazo, al rumor de la corriente deslizándose calle abajo como un ejército desordenado que todo lo arrasase a su paso porque era ciego y no podía sentir compasión alguna por aquel hombre atemorizado a quien un hombre vestido de blanco acababa de desvelarle el espeluznante secreto de su vida, my le había obligado a abrir otra vez los ojos de la memoria a esa oscura caverna de la infancia donde brillaba la aniquiladora lucidez de unos ojos sin vida, ojos blandos y acuosos como los ojos de los peces muertos, los alucinantes ojos de un hombre ahogado que le revelaron, cuando sólo tenía nueve años, cuál era el destino del hombre, y que la muerte por asfixia, anegando el agua gota a gota todos los alveolos de los pulmones, era el peor de los destinos de un hombre condenado a morir.

—¡Por favor...! ¡Por favor...! ¿Me oyes...? ¿Me estás oyendo...?

El hombre atemorizado escuchaba a su mujer sí, pero como si no se encontrara a su lado, en el taxi, sino a través de una inmensa y fragorosa cortina de lluvia en la que pronto se vería sumergido sin escape posible. Por eso se negaba empecinadamente a abrir los ojos, por eso impedía en lo posible el paso del aire humedecido en sus pulmones, por eso se

resistía a hacer movimiento alguno, aunque no fuera capaz de dominar el cada vez más fuerte temblor de sus piernas y de sus manos, el castañeteo de sus dientes haciéndole sangrar la punta de la lengua fuera ya de la boca, la creciente sensación de estar escapándose de sí mismo, hacia dentro, cada vez más profundamente hacia dentro, hacia esa pared vacía que la muerte edifica en el interior de cada ser humano, y agazapado allí, escondido, ocultándose al fragor de la lluvia, simulando ser una piedra, o una brizna de hierba, o una pequeña sombra insignificante, esperando el paso arrollador de ese torrente que se le estaba anunciando ya en la punta de los dedos, con la boca fuertemente cerrada al paso de cualquier fluido, aguantando, aguantando...

—¿Qué te pasa...? ¡Contéstame, por favor...! ¡Contéstame!

¿O era mejor huir? Levantarse, gritar, golpear, salir, perderse bajo la lluvia, perseguido por ella, escaparse sumergiéndose en sus densos picotazos y correr, correr mucho más que la densa corriente del agua transformándose en río, y poder alcanzar así la cumbre inmaculada de una montaña situada mucho más alta que la zona dominada por las nubes, donde el sol era eterno y nada podía empañar su sosegado curso...

Y una mano fuerte, ahora, le estaba zarandeando:

—¿Se encuentra mal, señor? ¿Necesita ayuda...? ¡Despierte!

El hombre atemorizado abrió entonces los ojos y el mundo oscurecido por la lluvia penetró en ellos, y pudo ver que se estaba cumpliendo la maldición de las aguas, y el lejano río de la infancia donde flotaba el hombre ahogado le estaba llamando a gritos y no quedaba más remedio que escapar en ese momento. ¡Escapar!

Así que lanzó un aullido y sus ojos estaban extraviados, y golpeó violentamente a su mujer y se liberó de la mano del taxista y abrió la portezuela y echó a correr por las calles mojadas, atascadas. ruidosas, sorteando corrientes, pisoteando multitud de charcos, sintiendo en las manos y en el rostro los vengativos zarpazos del agua desbordante, de la que ya era presa, y corrieron tras él su mujer y el taxista en una carrera inútil, porque ya no pudieron alcanzarle.

Salió de nuevo el sol al día siguiente en un cielo limpio, y un niño paseaba a la orilla del río alegrándose de que le mundo fuera otra vez más verde y de que se pudiera pisar la hierba mojada por la lluvia del día anterior. Tras de los chopos, en un recodo de la corriente, vio a tres hombres uniformados, afanándose por rescatar del agua un objeto flotante cuyos contornos eran imprecisos a causa del barro y de los hierbajos adheridos. Echó a correr hacia allí, picado por la curiosidad, y pudo ver entonces, emergiendo de la corriente, el resplandor deforme en los ojos de aquel hombre muerto que había tenido miedo de los ríos. Y a causa de ello, el curso de la vida de ese niño se torció para siempre.